

11

**4 Vida y muerte
del sujeto
histórico.
El genocidio
político contra la
Unión Patriótica**

Iván David Ortiz Palacios*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

“Detener la vida, su inefable transcurrir, no sólo es imposible sino que, de hacerlo, caeríamos en la más negra de las depresiones; los días nos pasarían carentes de toda trascendencia, nos sobrarían y podríamos desperdiciarlos banalmente ya que nada esencial se jugaría en ellos”.

ERNESTO SÁBATO

Acercamiento temático

A propósito del genocidio político, un tema que desde hace algún tiempo nos ocupa en este escenario, nos parece pertinente reflexionar sobre lo que ha significado el terror de este crimen en los imaginarios del hombre y la sociedad, en particular en los imaginarios de vida y muerte.

Desde su pensamiento complejo, el hombre como ente colectivo ha manifestado siempre, a través de diversos lenguajes, su preocupación por comprender la relación con el mundo, la naturaleza, el cosmos, su principio y su fin. El sentido de la vida y el misterio de la muerte se han constituido en interrogantes universales en todas las culturas, donde han existido además prácticas rituales, comportamientos y creencias relacionadas con este fenómeno de transición. En el imaginario colectivo de la vida siempre se encuentra presente, de manera simultánea, el imaginario colectivo de la muerte.

Eugenia Villa¹ plantea que las múltiples significaciones que se han dado sobre la muerte, tanto en las sociedades primitivas como en las complejas, durante la Edad Media, en la modernidad y ahora –en la supuesta posmodernidad–, han estado signadas por el gran interés sobre este hecho real, inaplazable y universal. Diversas disciplinas han abordado este hecho concreto: la biología, la etología, la paleontología, la arqueología, la etnología, la antropología, la historia, la psicología, la filosofía, la medicina, la teología, entre otras, y desde su campo conceptual han tratado de explicar este tema “profundamente humano”, al decir de la autora.

En los trabajos realizados por Lévi- Strauss², por ejemplo, la muerte es entendida como ese conjunto de sistemas simbólicos donde se sitúan en primer lugar el lenguaje, las reglas del matrimonio, las relaciones económicas, el arte, la ciencia y la religión, para trascender luego a campos culturales más

¹ Véase Eugenia Villa, *Muerte, cultos y cementerios*, Bogotá, Ed. Disloque, 1993; y “La historia de las mentalidades”, en *Revista de Sociología Unaula*, Medellín, No. 12, julio de 1989, pp. 72-82.

² Claude Lévi-Strauss, *Race et histoire*, Unesco, 1952.

[184] amplios, en los que los imaginarios colectivos y hasta individuales sobrepasan las fronteras, para transmitir a los hombres significaciones sobre su creación y perpetuación en el mundo.

En las culturas denominadas antiguas, la relación vida/muerte la trataban de dilucidar los oráculos o las revelaciones obtenidas por la adivinación; en el imaginario colectivo, sin duda, la magia podía intervenir en ciertos procesos, mientras los sacrificios y rogativas podían realizar el milagro de detener la partida o hacer más favorable el viaje. Para Ariès³, la conceptualización social de la muerte, en su aceptación o negación, está signada por el margen existente entre la curación autorizada y la muerte consentida; este autor, en su obra *Historia de la población francesa*, afirma precisamente que es a través de este margen que se ha introducido la civilización moderna con todo su aparato técnico y mental de lucha contra la muerte⁴. En los albores del siglo XII, cuando la medicina reemplaza la voz de los oráculos y la adivinación comienza a tener precio, los médicos cobran por descifrar el misterio del paso de la vida a la muerte; las ofrendas son cambiadas por dádivas. Este cambio de imaginarios permite que, sobre la muerte, los hombres afiancen la idea de vencerla; para seguir con vida se debe pagar, retribuir; por lo tanto, esa oportunidad es posible únicamente para quienes tienen cómo comprar indulgencias: reyes, aristócratas, príncipes y hasta jerarcas eclesiásticos.

Además de la medicina, que pretendía proporcionar a los hombres su perpetuidad biológica y terrena, también se extendió a otro campo el “negocio” de la existencia; es la religión la que ofrece bienestar de vida espiritual y garantiza el logro de una vida eterna; entre una y otra se disputaban este derecho. No resulta extraña, por tanto –plantea Ariès–, la constante inquietud de santo Tomás de Aquino al preguntar a sus fieles si era lícito gastar “sumas considerables” para prolongar la vida humana –cuando recurrir a la medicina resultaba muy oneroso– o trabajar mejor su espiritualidad, para lograr la vida eterna. Pero no sólo era el dinero que se pagaba a los médicos lo que le preocupaba a la Iglesia, también le parecía imperdonable que los hombres desafiaran el destino y la naturaleza divina, y descuidaran su vida espiritual. Esta institución consideraba una desproporción la erogación exigida por los hombres y las finalidades que buscaban al elongar su existencia; no obstante esta divergencia entre medicina y religión, el signo dual de vida y muerte, se volvieron más dóciles a la voluntad y previsión de las sociedades.

En el siglo XVIII y aún a mediados del XIX, en torno a la muerte se presentaba un dualismo: de un lado, el auge de la práctica médica coincidente con lo que se pudiera llamar la sensibilidad moderna, pero al mismo tiempo se evidenciaban repliegues hacia al pasado. La vida y la muerte, entonces, son partícipes de un imaginario antagónico real. El grueso de la sociedad las rela-

cionaba con el desarrollo científico y técnico, pero, por supuesto, este pensamiento tomaba mayor fuerza entre la clase burguesa que tenía los medios suficientes para experimentar esos milagros de la ciencia; pero del otro lado se encontraban los “pobres”, quienes no tenían la posibilidad de comprobar que entre la vida y la muerte podían mediar conocimientos académicos y procesos industriales; por lo tanto, afianzaban sus imaginarios en las explicaciones que sobre la vida y la muerte les brindaban las mediaciones tradicionales: los rezos, las devociones, las oraciones, para finalmente resignarse a morir.

Como vemos, en el misterio de la vida, en su aparición, evolución y conclusión, está implícito el misterio de la muerte. La muerte como proceso vital. Desde el momento en que nacemos –en todas las culturas– la muerte se hace presente, se haya imbricada de múltiples formas en los imaginarios sociales; imaginarios que se concretizan en religiones, en ritos, en creencias, en actitudes, en comportamientos y en prácticas colectivas específicas.

Contemporaneidad de vida y muerte

En la actualidad los imaginarios sobre la muerte han cambiado ostensiblemente. A pesar de ser preocupación de multitud de disciplinas, su concepción, en las llamadas sociedades posmodernas, es fragmentada, es decir, para cada disciplina *tanatos* tiene su propia significación; de ahí que para algunos la muerte se convierta en un fenómeno de higiene, para otros en un pleito judicial, o quizá en la distribución urbana de un espacio, o en un servicio económico, entre otras muchas concepciones. Cada vez más la muerte viene siendo

³ Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1984.

⁴ Ya en las sociedades modernas, el imaginario sobre la muerte adquiere nuevas significaciones, los espíritus que reemplazaron a los tótems, ahora también son relegados para dar cabida a la ciencia, elemento importante en la reelaboración de significado y referente sobre la muerte, pues el dios creador es dado también por muerto; la ruptura entre vivos y muertos se hace más explícita, la muerte es consecuencia de la disfunción biológica y física, no de los designios del cosmos, de dios o de la naturaleza; ahora las ofrendas, las dádivas y pagos para prolongar la existencia no se ofrecen a los dioses, cualquiera que ellos sean, sino a la ciencia y a la tecnología.

⁵ Así como la concepción de la vida evoluciona, se dinamiza y cambia, lo propio sucede con la concepción sobre la muerte; ésta ha sido acogida de varias formas, ora desde los ritos africanos de pasaje, los cuales conllevan cortejos, sacrificios, adivinaciones, encantamientos, purificaciones, consagraciones y desacralizaciones; ora desde la visión cristiana traducida en la Edad Media como el castigo a los hombres que

[186] despojada de su “encanto”. En el imaginario colectivo de las sociedades occidentales la muerte se concibe actualmente como una “enfermedad” más⁵.

Pero no solamente en los imaginarios tienen cabida las concepciones sustentadas formalmente, también, y cada vez más, la muerte cobra significaciones reales e inmediatas en la cotidianidad bajo la forma de “saldar cuentas”, la manera de “superar óbices”, el método más inmediato y efectivo de “mantener el orden”, entre otras tantas. En esta línea instrumental de la muerte, los actos violentos y los desmanes cometidos contra la vida han contribuido para que a los imaginarios individuales y colectivos, según circunstancias particulares y específicas, se les atribuyan nuevas significaciones y resignificaciones. En la memoria reciente, por ejemplo, nuestras mentes podrán evocar como fuente de significación las dos guerras mundiales. Acordémonos de la utilización de principios científicos en la ejecución de asesinatos atroces, como los sucedidos en el contexto del genocidio nazi contra gitanos, judíos, polacos y otros grupos considerados minoritarios, en los que la medicina, la psicología, la antropología física y la genética, para mencionar sólo algunas ciencias, se pusieron a la orden del día del Tercer Reich con el fin de conseguir al “hombre de raza pura”.

El mercado de armas, los avances tecnológicos puestos al servicio de procesos bélicos, las diversas formas de “control”, entre otro sinnúmero de acontecimientos, también hacen parte de los referentes que permiten definir la muerte desde ámbitos físicos, morales, espirituales y materiales. Por ello, social e históricamente, es innegable el papel de los estados modernos como ordenadores de la vida, lo que incide indefectiblemente en la significación de la muerte.

Los estados modernos cada vez más se abrogan el derecho de proporcionar, quitar o prolongar la existencia en su afán de concentrar y controlar el poder, impidiendo constantemente que las preparaciones del paso de estados terrenos a estados espirituales –aún muy presentes en culturas de pensamiento no occidental– se lleven a cabo; ya los viajes no se acompañan de ajuares y elementos rituales, ya ni siquiera existe la posibilidad de poner en escena la polémica del médico y el sacerdote, hoy la muerte llega intempestiva, violenta y arrebatadora, en la mayoría de los casos sin ser permitida ni mucho menos aceptada por el individuo, por su colectividad, por la historia de las sociedades. La existencia se ha convertido en un asunto de políticas estatales, de doctrinas de seguridad, de legitimación, y de modelos de desarrollo económico.

En el presente, y a pesar de haber considerado como superada la contradicción de la modernidad al respecto, igual un gran sector de la humanidad, convencido de los “milagros de la medicina”, no tiene acceso a ellos; en ocasiones creyendo en los poderes de los rezos, las oraciones o las dádivas espirituales igualmente desfallecen ante la realidad del miedo, el terror, la des-

igualdad, la iniquidad, la impotencia y la desesperanza. La muerte entonces sólo puede ser imaginada colectivamente desde lo perverso e indeseable.

La afirmación "Por cierto que hay que luchar colectivamente contra la angustia de la muerte; pero más todavía contra la negación de la muerte y contra la desigualdad en la muerte: tal debería ser la regla de oro de la antroposofía", que hace Vincent Thomas⁶, necesariamente nos invita a la reflexión sobre el espacio que ha tenido la muerte en el imaginario de los hombres, pues esta encrucijada real y segura toca a cada rato y en cada instante la propia existencia del hombre, está presente en las palabras, en las imágenes, y hasta en la poesía:

Ha hecho tuyas algunas cosas muertas: las risas, las caricias, las cenizas de la tarde, el sabor del domingo a los diez años, ciertos versos celestinos, necesarios, algunos cuerpos usados con ternura.

MARÍA MERCEDES CARRANZA

Sin pretender ser este escrito un análisis especializado del tema relacional de vida/muerte, en el tránsito de nuestro estudio sobre el genocidio político, hoy nos parece pertinente recordar que en las sociedades enmarcadas y signadas por la violencia, la guerra, la inseguridad y el terror, la muerte necesariamente es resignificada, resemantizada; su imagen se sincretiza cada vez menos en las ansias de reencontrar en ella la esperanza de un renacer, de un

no hicieron sus penitencias a tiempo, o también como ese pasaje del "valle de lágrimas"; ora desde la Ilustración que la concibe en doble vía desde la racionalización y la laicización. No obstante la diferencia, en unas y otras se presenta un imaginario común: la muerte al igual que la vida es un rito de iniciación para pasar de un estado a otro, llámese éste vida eterna, más allá, dimensión sublime, largo viaje, eterno retorno, en el imaginario de los cristianos; o bien las diferentes concepciones imaginadas por los aztecas de su principio y su viaje, Quetzalcóatl, la "serpiente-quetzal", gemelo precioso que atraviesa el universo simbolizando la muerte y al mismo tiempo el renacimiento, y Huitzilopóchtli, la encarnación del guerrero muerto en el sol vencedor, son apenas dos de los muchos símbolos con que esta sociedad expresaba su pensamiento de que ni la naturaleza ni el hombre están condenados a la muerte eterna, de que en ambos la resurrección está presente. Para los desana, por su lado, el Sirirí, término que refiere la muerte, en su significación simbólica es cercar, cortar el paso y, en este deslinde, se convocan rituales de vida: el orébayári, que incita a la guerra prolongada del difunto, el xpi, la esencia de paso o transformación, en donde se da el paso de un plano cósmico a otro.

⁶ Louis Vincent Thomas, *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

retorno. Tampoco se pretende volver a la dualidad de estos elementos diádicos, traducidos en la búsqueda espiritual y científica que, en la concepción posmoderna, pretenden una reconciliación; los nuevos significantes designan a la muerte como una acérrima enemiga de la vida. A pesar de que el tema relacional de estas dos realidades ha sido la preocupación eterna en el devenir de las sociedades, sigue estando signada por cuestiones de fe, de creencias, de la incertidumbre racional. Lo cierto es que en los imaginarios sobre ellas se arraigan elementos psicológicos y emocionales, históricos y socioculturales que tienen que ver con el miedo, la suerte, el azar, entre otros, que se orientan más a agradecer que la muerte no llegue antes de tiempo, trágicamente y sin aviso, pero también a que podamos prolongar la vida.

Como decíamos, a partir de las dos guerras mundiales se han internalizado en las mentes de los individuos y de sus colectividades, las disposiciones de los estados absolutistas que son las que posibilitan la aparición, históricamente hablando, de la concepción colectiva de vida/muerte. De tal suerte que toponimias, religiosidad, opción sexual y cosmovisiones específicas, estaban acompañadas de la constante presencia de la sanción, castigo y muerte. La negación de la existencia del otro o de los otros, la mutilación de su presencia física, ideológica, cultural y política, hace que la construcción social de la muerte desborde las consideraciones mágico religiosas y científicas, para recurrir ahora a categorías y construcciones sociales e históricas que posibiliten su entendimiento. Algunas visiones de posguerra plantean que entender la vida y la muerte exige del recurso histórico para poder interpretarlas como las construcciones de sus imaginarios y representaciones colectivas.

En el período de la guerra fría, además de la dualidad vida/muerte individual y física, esta unidad estaba íntimamente ligada socialmente con la negación y la condena de pensamientos colectivos; así nos encontramos con resignificaciones de acuerdo a categorías antagónicas pero duales como amigo/enemigo, capitalismo/comunismo, cristianismo/ateísmo que son fundamentales para pensar, asumir, esperar o plantear la existencia y la muerte de personas y colectividades.

Significaciones concretas

Sin lugar a dudas, para la resignificación de vida/muerte en Latinoamérica el Pentágono cumple un papel fundamental en los últimos tiempos; desde allí se plantean referentes de aceptación o de negación del otro. El mundo, los individuos y la propia existencia son bipolares, no se permiten posiciones diferentes ni tampoco intermedias, la vida y la muerte dependen de la identidad de o de la identificación con. Bajo esta premisa, los estados refuerzan las estrategias de con-

tención para fortalecer sus estructuras de poder. En esta dinámica, gobiernos de orden dictatorial y también democrático recurren e implementan métodos que van en menoscabo de los derechos humanos, legitimando acciones de violencia planificada, con el único fin de salvaguardar las instituciones y el orden.

Por eso no es extraño que en el escenario latinoamericano de los últimos cuatro decenios, además de la muerte física e individual, connatural a los seres humanos, los referentes de muerte comprendan la negación, el exterminio, la eliminación y la desfiguración de colectividades que sustentaban su existencia en su identidad ideológica. Ya no son simplemente la enfermedad, la calidad de vida, los eventos fortuitos los responsables de la muerte de las colectividades; los imaginarios de vida/muerte ahora se ven cruzados por otros elementos como las detenciones extrajudiciales, las ejecuciones sumarias, las torturas, las desapariciones forzadas, las masacres, los desplazamientos forzados, los exilios, la limpieza social; todos estos actos contribuyen a que un gran número de la población sea eliminada física, cultural y políticamente, es decir, que son actos que hacen parte de las estrategias genocidas, muchas veces justificadas en doctrinas de seguridad y en la proclamación de los estados como dueños de los derechos individuales de las personas.

Muchos estados, no obstante su evidente debilidad democrática, se arrojan el derecho de ser los conductores de los designios de las naciones y se autoproclaman como los encargados de preservar el orden y los sanos valores. Algunos hechos concretos demuestran la forma en que algunos estados se han apropiado de la existencia y de la muerte de sus súbditos. Recordemos que en Chile Augusto Pinochet, a pesar de que como presidente se proclamó como garante y salvador de la nación y de “los valores permanentes establecidos en la tradición”⁷, durante casi dos decenios sostuvo un gobierno dictatorial a nombre de dichos valores. Sin embargo, la sociedad civil fue excluida de la discusión y de la toma de decisiones, se impusieron modelos económicos que marginaron a muchos sectores de la sociedad, la violación de los derechos humanos se convirtió en una constante y muchas personas fueron eliminadas, al ser consideradas enemigas del régimen. Aquí la muerte de los individuos se vio signada nuevamente por las actuaciones de un Estado que se “libera” de sus contradictores, tomándose la atribución de arrebatarles la existencia de manera directa, a la vez que diezmando las expectativas de vida de miles de personas que fueron sometidas a condiciones extremas de pobreza⁸.

⁷ Atribuciones concedidas por la Marina, la Fuerza Aérea y el Cuerpo de Carabineros, unos años después del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, cuando se le reconoció oficialmente como Presidente de la República.

⁸ Consulta en www.derechoschile.com/español/ideologi.htm.

Del mismo modo, sociedades como las de Argentina, Guatemala, El Salvador, Uruguay, Haití, Brasil, Perú, Nicaragua, pueden servir de ejemplos con sus imaginarios colectivos de vida/muerte. Estamos seguros de que igual que se encontrará que miles de personas fueron eliminadas física, política, social y culturalmente por identificarse con pensamientos contrarios o simplemente diferentes a los impuestos por estos estados; en ellas también se encontrará que –como acto de resistencia a la muerte colectiva– otras muchas personas del colectivo social ofrendaron su existencia en nombre de una ideología, una doctrina; haciendo de la muerte el acto más sublime de resistencia, liberación, para la preservación de ideales sociales, los cuales garantizan su permanencia histórica.

En esta misma línea de la muerte como ofrenda, se encuentra la disposición de los estados que les encomiendan a sus súbditos el deber de morir por su patria. Recordemos los casos de Vietnam, Grenada, el Golfo Pérsico, las Malvinas, entre otros, en donde miles de personas hallaron en el deber de morir su más alta dignidad y la seguridad de su continuidad vital; su más ferviente anhelo era trascender en la vida de las generaciones futuras. Lo cierto es que aunque prontamente su nombre y su espíritu dejan de ser evocados, están convencidos de que sus naciones continuarán existiendo gracias a su muerte.

Significaciones particulares

La historia nacional también nos brinda un crisol de significación al respecto. Sólo en el último siglo, existen referentes colectivos que no pueden ser ajenos a nuestra convivencia perpetua con la muerte. De hecho, el siglo XX se inauguró con una guerra civil, continuó con la confrontación social, la violencia bipartidista, la guerra antisubversiva, la guerra sucia, el narcotráfico, la violencia común y, más recientemente y siguiendo con las imposiciones externas, la guerra contra el terrorismo hace que los colombianos tengamos referentes heterogéneos respecto a la vida y la muerte. El miedo a perder la vida es constante, la desesperanza por una vida aciaga también es frecuente; sin embargo, expresamos gozos de fortuna con respecto a la muerte tardía: se espera que la muerte no llegue tan pronto, que otorgue el suficiente tiempo para cumplir con el promedio de vida, que no sea violenta ni tortuosa. Afortunado aquél que le puede arrebatar un día más a la muerte, para seguir padeciendo la vida.

En un contexto social en el que las masacres, los desplazamientos forzados, los asesinatos, el genocidio, el hambre, la desprotección, las condiciones de miseria y, en general, la guerra, son los principales marcadores de muerte, ya no hay tiempo de concebirla, significarla y expresarla en forma

ceremonial; tampoco la vida. Ante la muerte se experimenta un afán constante de huida, se la esquiva, se la distrae y se le gana tiempo, se la rechaza cuando es impuesta; pero igualmente se acude a ella cuando no se encuentra otra salida; en uno y otro caso, lo cierto es que cada vez menos la sociedad tiene la oportunidad de pensarla, asumirla y aceptarla como un paso de iniciación a otras dimensiones de prolongación histórica vital, ya sea que ésta se conciba bajo parámetros espirituales o meramente materiales.

Haciendo una reflexión específica sobre el genocidio como marcador referencial en la significación de vida y muerte, encontramos nuevamente que el papel del Estado es relevante. No sólo en la disposición de ofrenda de muerte, en la decisión de la existencia real y digna de los ciudadanos, sino en el papel que desempeña como garante del bienestar; el Estado es responsable del bienestar de los ciudadanos. El Estado colombiano, por ejemplo, proclama el derecho a la vida, a la dignidad y a la seguridad social, pero todos sabemos que en Colombia esas garantías dependen de factores económicos y políticos, dejando el bienestar social en un plano casi imperceptible; miles de personas mueren por no tener acceso a los sistemas de salud; las enfermedades endémicas acaban con sectores significativos de la población; la desnutrición y pauperización de la calidad de vida es generalizada. A ello se suma que la totalidad de la población se encuentra enferma de paranoia y depresión debido a la situación de guerra, desempleo, falta de garantías a los derechos políticos, económicos y sociales⁹.

Estos eventos hacen que cada vez más las expectativas de vida disminuyan, que grupos humanos estén desapareciendo social, política y culturalmente, de tal suerte que no es un despropósito pensar que la existencia física, biológica y socio-cultural de nuestra sociedad contemporánea pende de la espada de Democles que enpuña el Estado. Por esto en el imaginario colectivo se arraigan ideas que conllevan a internalizar que la vida y la muerte en nuestro país son cuestiones de azar, de suerte y, en el mejor de los casos, dependen de la proclamación y excepcionalmente del cumplimiento de las garantías que sobrevienen de normativas y legislaciones.

La convivencia cotidiana con la muerte, el presentirla y repelerla diariamente, hacen que el pensamiento, la materialidad, la psiquis de las sociedades contemporáneas, y particularmente de la colombiana, busque incansablemente pactar con la muerte su propia existencia. El afán de acuerdo pretende devolverle a la muerte su derecho a ser digna, apacible y natural en el proceso vital.

⁹ Bertha Lucía Castaño, *Violencia socio-política en Colombia. Repercusión en la salud mental de las víctimas*, Bogotá, Editorial Gente Nueva, 1994.

Antes, la muerte era la demostración de la crueldad de la existencia. El hecho que empequeñecía y hasta ridiculizaba mis prometeicas luchas cotidianas. Lo atroz. Solía decir que a la muerte me llevarían con el auxilio de la fuerza pública. Así expresaba mi decisión de luchar hasta el final, de no entregarme jamás. Pero ahora que la muerte está vecina, su cercanía me ha irradiado una comprensión que nunca tuve; en este atardecer de verano, la historia de lo vivido está delante de mí, como si yaciera en mis manos, y hay horas en que los tiempos que creí malgastados tienen más luz que otros, que pensé sublimes.

ERNESTO SÁBATO

Vitales resistencias a la muerte

Ante los señalamientos hasta aquí expuestos, sería algo irresponsable dejar la sensación de inmovilidad social, pues si bien es cierto que históricamente la imposición de políticas, circunstancias y designios se han arraigado en los imaginarios de vida y muerte, también lo es que históricamente al unísono, se han presentado procesos de resistencia ante dichas imposiciones. La historia registra, describe y analiza el genocidio cometido por el Estado nazi en Alemania, pero también da cuenta de los procesos de resistencia desarrollados por los pueblos judío, polaco y gitano, que sólo así han podido garantizar su existencia.

En Latinoamérica, tendríamos que preguntarnos por qué a pesar del terror infundido por los estados, no han dejado de surgir tendencias, grupos, ideologías, partidos, instituciones que han hecho resistencia a las imposiciones de sus políticas absolutistas y excluyentes. Recordemos que en la década de 1960 comenzaron a fortalecerse los ejércitos de liberación nacional, triunfa una revolución comunista en el Caribe, la Iglesia católica, a través de la Teología de la Liberación se manifiesta en absoluta resistencia contra unos principios anacrónicos; la educación pretende formar hombres nuevos libres y críticos con sus modelos pedagógicos; las artes rompen esquemas hasta entonces impuestos; y a pesar de la estigmatización los partidos de izquierda se legitiman. Se fortalecen social y políticamente movimientos colectivos con intereses comunes, los obreros, las mujeres, los campesinos, los movimientos barriales, etc.; aunque todo ello haya implicado la satanización de ideologías, la exclusión política, el exilio, la criminalización de expresiones colectivas y populares, la implementación de prácticas genocidas y el exterminio de minorías.

Colombia tampoco ha permanecido al margen de esta dinámica. En su historia se han registrado simultáneamente procesos de dominación y de resistencia; no en vano desde la época de la conquista, a la par de las arremetidas sangrientas de los españoles, los cronistas hacen alusión a la “briega” que les dieron los pijaos, los lanzas, los panches, entre otros. Hubo grupos que se enfrentaron con sus armas, otros prefirieron el suicidio colectivo, otros perpetuaron su existencia y su cultura mediante la «adaptación sincrética», la cual les permitió, subrepticamente, salvaguardar su existencia vital y cosmogónica. Posteriormente otras de nuestras denominadas minorías, mientras ahogaban los gritos de las heridas, consecuencia del látigo y los suplicios, reafirmaban su existencia en los palenques, en sus cantos, en su santería; aún hoy, luego de tantos intentos de exterminio sociocultural, nuestro país cuenta con la riqueza de la expresión afrocolombiana. Podríamos seguir enunciando lo concerniente a los pueblos Rom, comunidades gitanas asentadas en Santander, Cundinamarca, Boyacá y Valle, especialmente, quienes desde hace más de 150 años se han visto replegadas por las estructuras dominantes, pero su resistencia se materializa en sus veeza¹⁰ y sus Kumpania¹¹, lo que les ha permitido seguir existiendo hasta hoy como pueblos autónomos.

Hemos querido hacer mención de estas sociedades y nacionalidades colombianas, por cuanto generalmente se obvian en los análisis de la conformación del Estado nacional, y porque a pesar de haber sido excluidas de las formalidades jurídicas, esto no quiere decir que no hayan sido y sean fundamentales en la historia sociocultural de nuestro devenir. Por supuesto que las luchas comuneras, las juntas patrióticas bolivarianas y, en general, todas las formas de organización criolla que pensaron, actuaron y lograron la independencia, no son menos importantes en la historia de Colombia.

El maestro Jaime Pardo Leal relata en la entrevista concedida a Carlos Arango¹² sobre el delito político, que en la Nueva Granada, luego en la Gran Colombia y posteriormente en la República de Colombia, se organizaron grupos de resistencia a los regímenes dominantes; menciona entre otros la insurrección comunera y el levantamiento del común en las provincias de Santander, las cuales se extendieron a Boyacá, Cundinamarca y Tolima. En esa oportunidad, la colectividad reaccionaba contra el impuesto de las alcabalas y los desmanes de los delegatarios de la Corona española, por sentir que estos hechos

¹⁰ Grupo familiar.

¹¹ Unidades variables de co-residencia y co-circulación que se asientan en barrios o se dispersan por familias entre las casas de los habitantes no gitanos de los sectores populares de las ciudades.

¹² Entrevista publicada en 1988 por el Instituto Nacional de Educación Obrera, como homenaje a Jaime Pardo Leal.

les impedían existir con bienestar y dignidad; lo que en un principio se manifestó como una asonada, más tarde —dice el maestro Pardo Leal— se fue conformando en un verdadero ejército enfrentado al ejército de la Corona.

En el proceso inacabado de la formación del Estado nacional, aunque con matices partidistas, no son pocos los acontecimientos que refieren la sublevación de sectores de la población que se manifestaban en contra del régimen del momento, a pesar de que por ello podían morir. A partir de la década de 1920, gracias a los cambios estructurales del país, surgen nuevas formas de resistencia protagonizadas por actores sociales, imbricados en contextos específicos, culturales, sociales, productivos y políticos que evidencian nuevas formas de organización sociales y populares y que plantean entre sus objetivos el derecho y el deber de vivir dignamente.

En esta dinámica se abren espacio diversas ideologías; las tendencias de izquierda comienzan a tener presencia en las organizaciones políticas, en los movimientos sociales, en la cotidianidad de la experiencia vital, pero también en la elaboración conceptual de quienes pretenden una sociedad distinta. Por esta razón los campesinos, los obreros, los estudiantes, los indígenas e incluso los partidos políticos, jalonan procesos de organización para la toma de decisiones sobre demandas sociales; surgen entonces líderes que se consolidan como paradigmas a seguir, éstos pueden ser coterráneos o foráneos: Jorge Eliécer Gaitán, en la década de los cuarenta; el general Gustavo Rojas Pinilla, en los años cincuenta; Charro Negro, Jacobo Prias Alape, Manuel Marulanda Vélez, Isaías Pardo, Alfonso Castañeda, Ciro Trujillo Castaño, en la década de los sesenta; Jaime Bateman en los años setenta y todos los que permitió conocer la desmovilización y los diálogos de paz de la década de los ochenta, acompañan esos referentes de resistencia de sectores sociales que persisten en el trascender colectivo a pesar de ser perseguidos.

Éstos, junto con las organizaciones, las tendencias, los ideales que representan en la historia de la nación y de las colectividades que los han acuñado, se han ganado un lugar en posibles lecturas que se produzcan sobre la realidad social colombiana. Por supuesto que se quedan muchos protagonistas sin mencionar y, más aún, no hay la posibilidad de presentarlos en sus dinámicas concretas, no obstante que la mayoría de ellos hayan sido silenciados mediante la muerte física, aun hoy continúan vivos en los referentes históricos de la sociedad colombiana. Para algunos sectores, incluso, son los referentes vitales, porque su muerte significa la existencia de su colectividad, hacen parte del proceso trascendente grupal.

Colombia presenta un juego perpetuo y antagónico entre acciones de muerte y afanes de vida. Tomando como referencia las dos últimas décadas, hemos de anotar que los años ochenta abrieron expectativas de realización

vital; la sociedad llegó a pensar que la guerra entre el Estado y los grupos subversivos podría culminar a través de diálogos, pactos y procesos de paz. En este sentido se registraron treguas, rompimientos de treguas, desarmes, reinserciones, apertura de espacios políticos, participación de nuevos actores políticos y propósitos de lograr un nuevo país. Los resultados de esta ensoñación son bien conocidos. La muerte siguió rondando de manera morbosa, cruel e indiscriminada; la proyección de vida individual y colectiva es una quimera, los espacios políticos se encuentran apenas en papeles que consagran artículos constitucionales.

En este escenario antagónico de la dualidad vida/muerte surgen elementos que dan identidad a nuevos sujetos sociales, actores y sujetos que tienen un referente de índole político; entre ellos un nuevo partido político resultado de un proceso de paz. Así, nuestra historia reciente registra el proceso de paz celebrado en 1984 entre el Estado colombiano, presidido por Belisario Betancur, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, llevado a cabo en el municipio de La Uribe, departamento del Meta. El nacimiento de este partido político hacía pensar que la contienda generadora de muerte superaría la resolución violenta, para trasladarse al ámbito político, posibilitándose la vida, por lo menos la física de muchos colombianos inmersos en la confrontación. En 1985 la Unión Patriótica comenzó formal y legalmente su participación, haciendo pública su plataforma política. Participó en las elecciones parlamentarias de marzo de 1986 y en las presidenciales, en mayo de ése mismo año.

Aquí debemos hacer nuevamente alusión a la unidad dual de vida y muerte, pues antes de que la Unión Patriótica hiciera su lanzamiento oficial, ya la historia y las estadísticas demostraban cómo sus líderes, activistas y simpatizantes, empezaban a ser eliminados. Ovidio Salinas afirma que “desde el mismo momento de su aparición en la vida política nacional, ha sido objeto de amenazas; en el mes de abril de 1984, por el periódico *El Bogotano* y *El Espacio*, salió un comunicado que se lo atribuían el Grupo Ricardo Franco, que más tarde nos llegaron informaciones que era producto de la ‘propiedad negra’, donde se nos anunciaba que irían a volar las sedes y a asesinar a los dirigentes de la Unión Patriótica... A los pocos días hubo un atentado contra Hernando Hurtado, después un atentado contra Jaime Caycedo y después otro contra Álvaro Vásquez... Se recibieron amenazas telefónicas anunciando que iban a volar el teatro Jorge Eliécer Gaitán, donde se realizaba el Congreso constitutivo de la Unión Patriótica. Durante la pasada campaña electoral, asesinaron a más de un centenar de activistas de la U.P.”¹³.

¹³ Citado por Gustavo Salazar en *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Bogotá, Ediciones Jurídicas Radar, 1990, p. 135.

El primero de sus candidatos presidenciales, Jacobo Arenas, tuvo que desistir de su designación como consecuencia del descubrimiento de un complot que pretendía asesinarlo. Entonces lo reemplazó el Dr. Jaime Pardo Leal, quien efectivamente fue asesinado el 11 de octubre de 1987. El candidato que tomará esta designación para la candidatura 1990-1994, Bernardo Jaramillo Ossa, también fue asesinado. Hoy día diferentes informes estiman que en el proceso de genocidio contra la Unión Patriótica, se registran alrededor de 3.000 víctimas directas y casi 8.000 por extensión.

La identidad política de este grupo, al mismo tiempo que lo iba articulando y delineando como sujeto histórico y político por sus matices sociales específicos, también servía como referente para su eliminación. A lo largo y ancho del país la Unión Patriótica aglomeró simpatías, pero también los más fervientes odios; de otra forma no se explicaría el hecho de que en los lugares en donde obtuvo mayor simpatía fue donde se implementaron principalmente métodos directos e indirectos para su eliminación. Mientras las simpatías a su proyecto político se incrementaban, igualmente las contradicciones se radicalizaban; así que respecto a su aparición, la Unión Patriótica sufrió una gran tensión entre las fuerzas constructoras que recurrieron a diversidad de estrategias de procreación y las fuerzas destructoras, que igual desplegaron y ejecutaron diversas formas de eliminación. Unas y otras contribuyeron para que este grupo político como sujeto histórico se consolidara, pues lo convirtieron en un referente sociopolítico obligado en la construcción del Estado.

Como colectividad con identidad política, la Unión Patriótica convocó a diversos actores y fuerzas sociales que han sido trascendentes en la historia contemporánea de Colombia, en lo que se viene denominando como "cultura política". Como expresión real de dualidades vida/muerte; existencia/negación; eliminación/resistencias, todas ellas articuladas a los imaginarios sociales de terror, guerra, democracia, paz, convivencia. Es por ello que en las nuevas convocatorias de convivencia, negociaciones, pactos y participación política, la experiencia colectiva y social adquirida por la Unión Patriótica, hace pensar y repensar a los sectores comprometidos y a la sociedad en general en las condiciones reales para generar pactos de vida o desarrollar estrategias de muerte.

La denominación de la Unión Patriótica como sujeto histórico, responde a que desde su nacimiento este grupo ha venido interviniendo protagónicamente en el contexto político nacional, como generador o como receptor de estrategias y tácticas del quehacer político, así como otras colectividades que en los años ochenta decidieron transformar sus formas de lucha y pasar de la contienda armada a la arena política. Todo esto, a pesar de que algunas concepciones, en general oficialistas, pretenden restarle importancia a la existencia y eliminación, es decir, a la vida/muerte de esta colectividad, aducien-

do que se trató de un proyecto momentáneo que apenas si perturbó de modo ocasional el curso habitual de la tradición política en el país.

No obstante, a los ojos de otros analistas no puede ser intrascendente que alrededor de un sujeto político materializado en un partido, se hayan aglutinado diferentes actores sociales, se haya construido una plataforma política consolidada en un programa de gobierno, que como grupo de izquierda haya logrado las más altas votaciones en la historia del país. No puede ponerse en duda la continuidad y permanencia de una colectividad política que, a pesar de haber soportado el magnicidio de dos candidatos presidenciales, la desaparición forzada de más de ciento treinta de sus dirigentes y militantes, el atentado contra más de un centenar de ellos, las miles de amenazas, las reiteradas masacres y los más de tres mil asesinatos, aún hoy participe en la vida política del país.

Tampoco se puede negar la historicidad de un sujeto social en colectividad, cuando se ha resistido a la desaparición y eliminación tanto física como ideológica; habría que profundizar desde los campos de las ciencias humanas y sociales, porque a pesar de la condena a muerte, el terror generado contra su colectividad, su constante eliminación física, han persistido en la participación política. Familias enteras han sido masacradas, desplazadas forzosamente y sus sobrevivientes aún se reconocen como upecistas; los líderes inmolados fueron rápidamente reemplazados por otros que aún sabiendo que podían correr la misma suerte aceptaban los cargos por lo cuales habían sido asesinados sus compañeros. En su momento manifestó Bernardo Jaramillo Ossa, al repudiar el asesinato de Jaime Pardo Leal, que “ocupar la presidencia de la U.P. infunde un cierto temor. Amo la vida, pero no me importa morir si logramos sacar al país de este charco de sangre en que se encuentra”¹⁴.

Al realizar un vistazo somero a la participación e incidencia que ha tenido la Unión Patriótica en algunas zonas del país, igual podemos constatar que en sus espacios vitales como agrupación se presenta el antagonismo en la dualidad vida/muerte, pero también se evidencia su resistencia; en zonas departamentales del Meta, Antioquia, Boyacá, Caquetá, Magdalena y Santander, por ejemplo, en donde la Unión Patriótica tomó fuerza rápidamente y se consolidó como una opción política, han sido las mismas zonas donde más ha arreciado la violencia contra su colectividad.

Sin pretender hacer un análisis cuantitativo, ni tampoco registrar la materialización genocida, los siguientes datos de eliminación física son indicadores de la dualidad de la que hemos venido hablando:

¹⁴ *El Tiempo*, martes 13 de octubre de 1987, p. 7-A.

En el año 1986 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Turbo en el mes de abril.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Capote en el mes de marzo.
- En el departamento del Meta registra una masacre en Castillo en el mes de noviembre.

En el año 1987 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Medellín en el mes de noviembre.
- En el departamento de Cundinamarca se registra una masacre en Yacopi en el mes de febrero.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Bucaramanga en el mes de julio.

En el año 1988 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Currulao en el mes de marzo; en el mes de junio en San Rafael; en el mes de septiembre en Taraza; en noviembre una en Segovia y otra en el mes de diciembre en Valdivia.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en Vistahermosa en el mes de febrero; en el mes de mayo otra en Villavicencio.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Opón en el mes de febrero; en el mes de junio otra en Barrancabermeja.
- En el departamento de Casanare se registra una masacre en Paz de Ariporo en el mes de febrero.
- En el departamento de Magdalena se registra una masacre en la Sierra nevada en el mes de febrero; en el mes de junio otra en Ciénaga.
- En el departamento del Huila se registra una masacre en La Plata en el mes de noviembre.

En el año 1989 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Segovia en el mes de julio, y otra en Valdivia.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en Puerto López en el mes de enero.

En el año 1990 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Turbo en el mes febrero; en el mes de marzo otra en Chigorodó y Apartadó; en el mes de mayo se volvieron a repetir las masacres en estas dos poblaciones.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en El Castillo en el mes de febrero.

- En el departamento del Chocó se registra una masacre en Unguía en el mes de febrero.

En este mismo período, al revisar apenas tres cuadros de la representación electoral de la Unión Patriótica, nos encontramos en cada uno de ellos, (en negrilla, véase cuadro), con varios registros de dirigentes asesinados y exiliados.

Uno de los indicativos derivados de estos datos es que la condena a muerte para los miembros y simpatizantes de este grupo es una constante, las masacres aumentan en número de registro y, aunque este dato no se consigna, también en número de personas ultimadas. Al respecto, ya en 1985 lo señalaba Enrique Santos Calderón: "Sería grave que los seguidores de la U. P. comenzaran a ser perseguidos, si tal situación se generaliza no cabría duda de que existe una provocación en gran escala contra la paz"¹⁵.

Las zonas en que se registra esta práctica genocida son las mismas zonas que reportan mayor número de votos; a pesar de que se implementaran políticas de eliminación agresivas que disminuían y vetaban los espacios y escenarios garantistas para la participación política de grupos tradicionales. En 1985 también se anotaba que "hay una preocupante reactivación de la violencia y de los grupos armados estilo MAS en el Magdalena Medio, que coincide con la campaña política que realiza en esta región la U. P., cuya Dirección Nacional ha divulgado una detallada lista de militantes asesinados o desaparecidos en las últimas semanas"¹⁶.

Otro de los indicativos se refiere a que, no obstante la sombra de muerte, la resistencia también es notoria, pues de otra forma no se explicaría cómo en estas zonas las personas continúan identificándose con el grupo político condenado al genocidio; los dirigentes asesinados contaron con suplentes que, en muchos casos, también fueron asesinados. El deterioro de los espacios y mecanismos de representación política no produjo ausencia de participación y de credibilidad en el proyecto político; al contrario, la identidad y el convencimiento de una nueva etapa política, hicieron que la necesidad de sobrevivencia política impulsara diversas formas de hacer real la existencia del grupo, de tal suerte que como lo afirma Mafessoli¹⁷, la resistencia a la muerte política los ha hecho "contemplar el desarrollo de la solidaridad orgánica, de la dimensión simbólica, de la comunicación, de la 'no lógica'".

¹⁵ Enrique Santos Calderón, *La guerra por la paz*, Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1985, p. 265.

¹⁶ *Ibid.*, p. 264.

¹⁷ Michel Maffesoli, *La violencia totalitaria*, Barcelona, Editorial Herder, 1982; y *El tiempo de las tribus*, Icaria Editorial, 1990.

Votos representación electoral Unión Patriótica período 1986-1990

1. Senadores elegidos

| DEPTO. | CABEZA DE LISTA | SUPLLENTE | VOTOS | | Observación |
|-----------|-----------------------------|--------------------------------|-----------|--------|-------------|
| | | | VT | V-UP | |
| ANTIOQUIA | Jaime Montoya Sánchez | Pedro Luis Valencia Giraldo | 697.851 | 30.209 | Asesinado |
| CAQUETA | Félix Tovar Zambrano | Antonio José Cano Martínez | 55.684 | 19.763 | |
| CIMARCA | Hernando Hurtado Álvarez | Gustavo Osorio | 1.233.771 | 44.088 | |
| HUILA | Guillermo Plazas Alcíd | Alberto Esteban Rojas Puyo | 155.808 | 33.691 | |
| META | Pedro Nel Jiménez Ovando | Luis Humberto Oviedo Hernández | 146.090 | 41.391 | Asesinado |
| TOLIMA | Guillermo Alfonso Jaramillo | José Tiberio Arango Henao | 276.276 | 46.603 | |

Fuente. www.registriaduria.gov.co

2. Representantes elegidos

| DEPTO. | CABEZA DE LISTA | SUPLLENTE | VOTOS | | Observación |
|-----------|------------------------------|---------------------------------|-----------|--------|-------------|
| | | | VT | V-UP | |
| ANTIOQUIA | José Ovidio Marulanda Sierra | Bernardo Alfonso Jaramillo Ossa | 702.307 | 30.464 | Asesinado |
| ARAUCA | Elsa del Carmen Rojas | Octavio Vargas Cuéllar | 33.855 | 17.938 | |
| BOLÍVAR | Alfonso López Cossio | Manual Antonio Agámez Pájaro | 305.660 | 24.167 | |
| CAQUETA | Henry Millán González | Luciano Marín Arango | 55.367 | 17.293 | Asesinado |
| CIMARCA | Gilberto Vieira White | Carlos Enrique Cardona | 1.233.624 | 45.746 | |
| HUILA | Julio Enrique Ortiz Cuenca | Hernán Rojas Cabrera | 157.160 | 32.264 | |
| META | Betty Camacho Rangel | Jorge González Acosta | 110.265 | 24.367 | Asesinada |
| TOLIMA | Alfonso Gómez Méndez | Rafael Cely Cely | 278.791 | 46.380 | |
| SANTANDER | Hernán Motta Motta | Leonardo Posada Lozada | 419.690 | 29.603 | Exiliado |

3. Diputados elegidos

| DEPTO. | CABEZA DE LISTA | SUPLIENTE | VOTOS | | Observación |
|-----------|----------------------------------|---|-----------|--------|-------------|
| | | | VT | V-UP | |
| ANTIOQUIA | Gabriel Jaime Santamaría Montoya | Sofronio de Jesús Hernández | 708.197 | 30.518 | Asesinados |
| | José Eliud Gómez Hernández | Jaime Jurado Alvarán | 252.841 | 12.991 | Exiliado |
| | Andrés Páez Moreno | Pablo Alfonso Sánchez Cuéllar Gabriel Sandoval Lasso Jesús Antonio Guzmán López Boris Alberto Cabrera Silva Vicente Ovidio Ocampo Ríos Nelly Suárez de Rengifo | 50.162 | 17.357 | |
| CAUCA | | | | | |
| CAUCA | | Ricardo Tovar Castro | | | |
| | | José Adriano Pérez Perdomo | | | |
| | | Gerardo Cuéllar Cuéllar | | | |
| CAUCA | Juan de la Cruz Perafán | Humberto Antonio Orrego Guevara | 193.941 | 8.586 | |
| | Jesús Aníbal Suárez Montoya | Raúl Herrera | 1'216.769 | 31.506 | |
| C/MARCA | Jairo Bedoya Hoyos | Julio Ibarquén Mosquera | 56.377 | 1.705 | Asesinado |
| CHOCO | Eduardo Gutiérrez Arias | Roberto Antonio Orrego Guevara | 157.524 | 12.679 | |
| HUILA | | | | | |
| | | Humberto Orjuela Tovar | 110.647 | 24.111 | Asesinados |
| | | José Rafael Reyes Malagón Carlos Kóvacs Baptiste Humberto Zamora León Héctor Alfonso Gutiérrez Méndez | | | |
| META | Eusebio Prada Díaz | | | | |
| TOLIMA | Raúl Rojas González | Guillermo Pérez Flórez | 274.852 | 17.306 | |
| | Jairo Vargas León | Carlos Enrique Rodríguez Celis | 415.929 | 29.471 | Asesinado |
| SANTANDER | | | | | |
| VALLE | Cecilia Muñoz Ricaurte | Juan Agustín Lagos Pantoja | 639.492 | 15.128 | |

Podríamos hacer la comparación con los datos electorales de otros períodos, para comprobar que las gentes seguían votando por la Unión Patriótica. Por supuesto, entre un período y otro se registra una disminución en la cantidad de votos debido a la disminución física de electores, también por el desplazamiento forzado a que han sido sometidos, y sin lugar a dudas por el miedo. Sin embargo, el hecho de que una sola persona admitiera e hiciera pública su filiación política por medio de su voto, significa que con este reconocimiento estaba ofrendando su existencia física, para que su existencia ideológica, en este caso de carácter político, perviviera.

Es preciso anotar que cuando individual o colectivamente la identidad, la manifestación concreta, la trascendencia transformadora de los sujetos logra registrar en la historia de la sociedad cambios estructurales de cualquier orden, señalando senderos hacia la conformación de un “nuevo contrato social”, hacia una nueva manera de hacer y pensar lo político, como lo hicieran varias colectividades políticas a partir de 1984, esto, a pesar de estar diezmados o transformados, ya les da un lugar en la historia sociopolítica nacional; y el repensar y resignificar lo político, los hace ser y estar en el mundo referente.

Sería imposible negar que en la historia sociopolítica colombiana el caso particular de la Unión Patriótica, su presencia, incluso referenciada por su genocidio, ha sido una constante en los propósitos e intentos de reconstrucción de la paz en el país. La concepción de estructura y organización social, las relaciones entre el Estado y la sociedad, las dinámicas de convivencia social esbozadas por los principios políticos de la Unión Patriótica y de otros grupos políticos¹⁸ que también han sido víctimas de genocidio político, registran sin lugar a dudas en la historia del Estado colombiano elementos de cambio, como la elección popular de alcaldes, la asamblea nacional constituyente, una reforma constitucional y la motivación para que nuevas organizaciones políticas funden sus formas de representación en la posibilidad de opinar, tomen decisiones, elijan y se convenzan de que también pueden reafirmarse como sujetos activos y dinámicos de la historia. Que sus muertes, exilios, amenazas, torturas, desplazamiento forzado, sirvieron para que ocurrieran estos cambios en la estructura política del país.

Para finalizar, hemos de expresar que ha sido la capacidad de movilización, de adaptación, de sincretismo (así sea impuesto), lo que ha permitido que esos sujetos colectivos, a primera vista anónimos, se hayan resistido y se sigan resistiendo a la manipulación, alienación y exterminación total de su existencia social, aun a costa de su vida individual, eso precisamente es lo que los hace históricos.

- Ariès, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1984.
- Castañó, Bertha Lucía, *Violencia socio-política en Colombia. Repercusión en la salud mental de las víctimas*, Bogotá, Editorial Gente Nueva, 1994.
- Maffesoli, Michel, *La violencia totalitaria*, Barcelona, Editorial Herder, 1982; y *El tiempo de las tribus*, Editorial Icaria, 1990.
- Mejía Rivera, Orlando, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnología y posmodernidad*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- Raichel-Dolmatoff, Gerardo, *Desana. Simbolismo de los indios tukano del Vaupés*, Bogotá, Procultura, 1986.
- Salazar, Gustavo, *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Bogotá, Ediciones Jurídicas Radar, 1990.
- Santos Calderón, Enrique, *La guerra por la paz*, Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1985.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Thomas, Louis Vincent, *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Villa, Eugenia, *Muerte, cultos y cementerios*, Bogotá, Ed. Disloque, 1993; y «La historia de las mentalidades», en *Revista de Sociología Unaula*, Medellín, No. 12, julio de 1989.

¹⁸ En el libro citado, *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Ovidio Salinas declaraba que “el crimen de Jaime Pardo es un crimen eminentemente político, como lo demuestran sus (*sic*) antecedentes que se dieron a la muerte de Jaime Pardo, se trata de un plan de exterminio contra la Unión Patriótica y contra otros dirigentes populares, como el caso de Héctor Abad Gómez y otras personalidades que han sido asesinadas por su único delito de pensar de forma diferente, de estar pidiendo que las gentes tengan un derecho elemental como el derecho a la vida”, pp. 132-133.

